De regreso al terruño

Atrás dejamos, instalados en la costa caucana, a Temístocles Díaz al mando del *Gaitán Obeso*, y a su íntimo amigo Domingo de la Rosa al mando del batallón *Mosquera*, a quien por esos días le ordenaron que con la mitad de ese cuerpo siguiera a ocupar El Charco, caserío de poca importancia, y dejara el resto en la población de Guapí al mando del segundo jefe. Poco después allí llegaron el resto del batallón, el general José Antonio Ramírez Uribe y el coronel Díaz, en su vaporcito.

Entonces, una inesperada noticia hizo que todos partieran para la costa, a donde habían arribado los señores Rafael Urriola y Paulo Emilio Morales, comisionados del doctor Belisario Porras. Allí se encontraron con los generales Simón Chaux y José Cicerón Castillo, el coronel Ricardo Gómez, y el doctor Temístocles Rengifo V.

Por los informes de Urriola y Morales, supieron que el ejército de Porras había triunfado en todos los encuentros con el enemigo, pero que después del último combate en Bejuco, el más importante de todos, no había podido perseguir a los contrarios en su derrota, porque se le habían agotado las granadas y, por lo menos, la mitad del parque, contingencias sin las cuales —según decían— habría seguido su marcha victoriosa hasta la ciudad de Panamá...; «que su misión tenía por objeto recibir del general José Cicerón Castillo un armamento, repetidamente ofrecido por él, pero que no aparecía por ninguna parte...; y excitar al general Simón Chaux en el sentido de que prestara a la campaña del Istmo la ayuda que urgentemente necesitaba para alcanzar un triunfo que tendría incalculables beneficios para la causa...».[23]

Accediendo a la solicitud, el general Chaux dispuso que los generales José Antonio Ramírez Uribe, José Cicerón Castillo, el coronel Ricardo Gómez, el doctor Temístocles Rengifo V. y el batallón *Mosquera* al mando de De la Rosa siguieran a bordo del *Gaitán Obeso*, la cisterna y la *Rosa del Charco*, remolcada por aquél, al puerto de Chame, población donde se encontraba el cuartel general del ejército liberal; y

que el general Julio Plaza tomara el mando de las tropas que quedaban en el litoral sur del Cauca.

Así las cosas, se impartieron las órdenes correspondientes y se dieron a la mar «entusiastas, optimistas todos» y singularmente complacidos Temístocles Díaz y Domingo de la Rosa, «por razones fáciles de comprender».

Temístocles en el ejército de Porras y Herrera

Durante la travesía el general Ramírez Uribe dispuso que De la Rosa tomara el mando del *Gaitán Obeso* y Temístocles Díaz el del batallón *Mosquera*, atendiendo a la circunstancia de que el coronel Díaz conocía el camino que por tierra conducía de Chepo a las sabanas lindantes con la ciudad de Panamá.

Desembarcadas las tropas y las piezas de artillería de su dotación, enrumbaron hacia el norte, llevando a remolque a la *Rosa del Charco*, seguida de la cisterna. Pasaron de madrugada, con luces apagadas, por la bahía de Panamá, y como a las diez u once de la mañana del 11 de julio de 1900, anclaron frente a Punta Chame. Allí los recibieron cordialmente, abriéndole sus brazos, sus viejos amigos Belisario Porras y Carlos A. Mendoza. Y luego, el reencuentro con otros apreciados correligionarios. Testigo de aquel emotivo encuentro fue el comandante Mateo F. Araúz, quien al respecto escribió:

«El primero en arribar fue el vaporcito *Gaitán*, con un grupo de personajes y militares distinguidos de la revolución en el Cauca, héroes de Tumaco y Barbacoas. Recuerdo haber visto la llegada al cuartel general del doctor Porras de los generales Simón Chaux, José A. Llorente, José A. Ramírez, José Cicerón Castillo (una especie de Napoleón con bigotes de tabaco habano), Domingo de la Rosa, comandante Temístocles Rengifo, comandante Ricardo Gómez y el coronel panameño Temístocles Díaz, hijo del benemérito general Domingo Díaz. Traían ellos, además del vaporcito *Gaitán*, 100 hombres, negros héroes

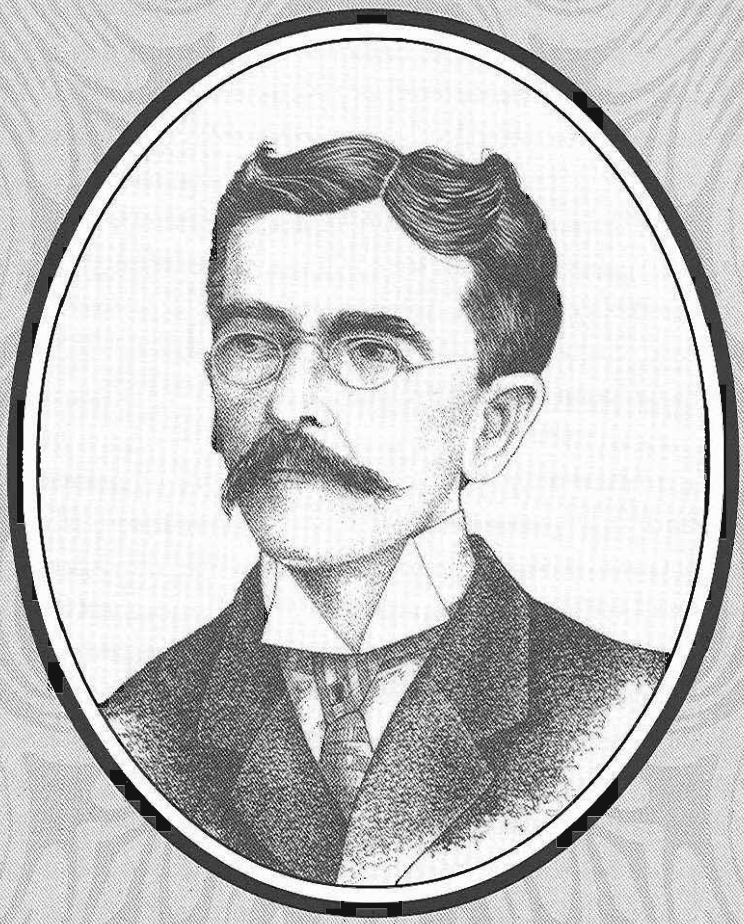
caucanos, comandados por el coronel Díaz, a quienes apellidaban los *Cazadores del Pindo...*».[24]

«La llegada de aquel contingente, tan valioso y tan a tiempo, constituyó, por consiguiente, todos los caracteres de un acontecimiento, y se difundió la noticia con rapidez por todos los ámbitos del campamento, y muchos jefes y oficiales acudimos a darles la bienvenida. El doctor Porras, ante esa increíble realidad, estaba ese día 'de echarlo en huevos', como vulgarmente se dice. Y así hizo las presentaciones de rigor de sus oficiales a los nuevos huéspedes.

«Pero entre todos —enfatiza Araúz— la figura saliente y que atrajo casi toda nuestra atención, fue la del gallardo coronel Temístocles Díaz, héroe de Tumaco. Había hecho Temístocles —se decía— una campaña brillante, y venía dispuesto a brindar todo su entusiasmo y su valor a la causa en Panamá, su tierra natal. Joven, de mediana estatura y bien formado, vestía un vistoso uniforme militar de campaña, bien tallado y usaba polainas chocolate bien lustradas, pistola y peinilla al cinto, su figura resaltaba entre las de los demás compañeros vestidos de civil. Su cara, poblada de cerrada barba oscura y su cabellera lacia y negra, hacían contraste con su rosada faz y sus ojos vivos, de color chaquira...».[25]

«Tal era el coronel Díaz, de trato afable y fisonomía risueña, cuando yo tuve el placer de estrechar su mano —por primera y última vez— al serme presentado por el doctor Porras, en ese memorable día...».[26]

Por su lado, y en medio de la alegría del encuentro, De la Rosa no pudo dejar de pensar en una peligrosa situación por la que en ese momento estaba atravesando la dirección del ejército liberal en Panamá: «Antes de abandonar las costas del Cauca se supo allá que existían ciertas desavenencias entre el jefe supremo del ejército liberal del Istmo, doctor Belisario Porras, y el comandante en jefe de las tropas del mismo, general Emiliano J. Herrera, pero no llegué a suponer que fuera tan hondo y acentuado su malentendido, como de ello me convencí al llegar a Chame y lo podía advertir el ánimo más despreveni-



Belisario Porras

do al respecto. Deliberadamente, me abstuve de averiguar las causas que motivaban esa deplorable situación, cuyos perniciosos efectos, consecuencialmente, acabaron con la unidad de mando que indispensablemente debía reinar en ese, como en todo ejército, para no arriesgar el triunfo de la campaña; mas por los comentarios que oía entre los adictos al uno y al otro jefes, pues la escisión en las filas era manifiesta, pude barruntar que había rivalidad por parte del segundo contra el primero. En todo caso, era lamentable que sus relaciones fueran tirantes cuando, en cambio, debían ser cordiales como lo exigían los sagrados intereses de la causa que defendíamos...».[27]

Avance hacia la anhelada presa

El 21 de julio el ejército liberal dirigido por el general Herrera —modificando a su antojo los planes convenidos con anterioridad con el doctor Porras— avanzó con sus tropas hacia la ciudad de Panamá y en su marcha, en Corozal se topó con importantes fuerzas del Gobierno, a las que derrotó. Triunfo que le hubiera permitido atacar y ocupar inmediatamente la ciudad de Panamá. Sin embargo, se detuvo; demora que le permitió al gobernador Carlos Albán, con la decidida y eficiente colaboración de Víctor M. Salazar, organizar en cruciales cuarenta y ocho horas la defensa de la ciudad y levantar en puntos estratégicos un cordón de improvisadas trincheras.

Sin entrar en los detalles anteriores y posteriores de esta situación —de los que prolijamente nos hemos ocupado en el segundo capítulo de nuestro libro *1903 en la prensa panameña y los infaustos años precedentes*— lo que aquí queremos destacar es la terquedad y fatal equivocación del general Herrera en su plan para atacar la capital departamental, según el valioso testimonio de Domingo de la Rosa:[28]

«Como a las cuatro de la tarde del día 23 fui sorprendido con la presencia de los generales Emiliano J. Herrera y José Antonio Ramírez Uribe. Éste me abrazó cordialmente, a tiempo que me informaba

que tras un viaje muy cansado, por las dificultades del camino a causa del invierno, acababa de llegar con Temístocles Díaz a Perry's Hill y que había aprovechado la visita que venía a hacerme a mi campamento el general Herrera, para saludarme. Le di a éste el parte de ordenanza; y en seguida me ordenó él que tan pronto como pasara el último tren que viniera de Colón, levantara el campamento y fuera a incorporarme al grueso del ejército, añadiendo que ya estaba acordado el plan de ataque a la Ciudad de Panamá y que en él se me había señalado un punto importante».

«—¿Cuál? —le pregunté.

«—Pasar por debajo del puente de Calidonia— respondió.

«—Y los otros cuerpos, ¿por dónde atacarán?— me aventuré a inquirirle.

«Satisfizo mi pregunta y me atreví a decirle:

«—General: Por esos puntos no se puede pasar— aludiendo a los adyacentes al puente citado— porque son pantanosos y están cubiertos de manglares muy intrincados. Se puede flanquear al enemigo por los terrenos de Bella Vista, que dan acceso a la playa».

«—Cuando usted llegue a Perry's Hill hágase anunciar para que hablemos— me dijo, y en seguida se ausentó con el general Ramírez Uribe».

Cumpliendo las órdenes, De la Rosa avanzó con sus hombres al campamento general a donde llegaron a las ocho de la noche. Hizo acampar al batallón, como lo estaban los demás, a la falda del cerro. Sin más demora solicitó que se le avisara al general Herrera, de su parte, que estaba a sus órdenes.

«Está durmiendo y ha dado la orden de que no se interrumpa su sueño», le contestaron.

«Ante esa respuesta, me encaminé a saludar a Temístocles Díaz. Nos abrazamos estrechamente; me contó las peripecias de su viaje desde el río Bayano hasta el lugar donde nos encontramos, y de repente me preguntó: '¿Tú has comido?' 'No', le contesté. 'Yo tampoco',

repuso; y juntos, es decir, tomando él un sorbo y yo otro, bebimos un poco de café tinto que estaba contenido en una taza de loza ordinaria... ¡Ese fue nuestro último abrazo!»

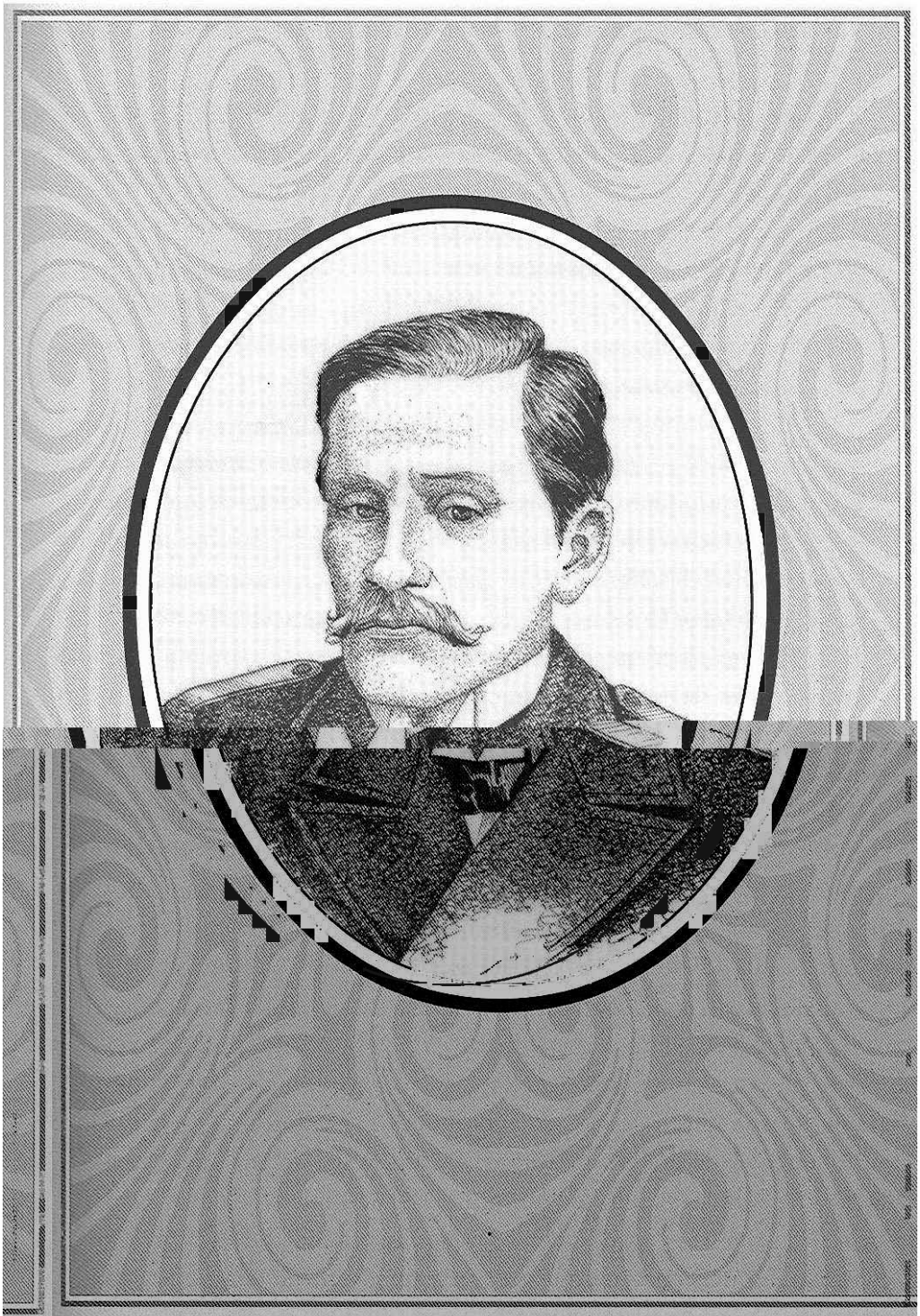
Los tristes ecos de la hecatombe en la cárcel de Chiriquí

«Las bóvedas donde nos hallábamos —escribió Noriega— se diferenciaban poco de 'La Solitaria' pues todo el piso estaba cubierto de inmundicias y por eso solíamos acercanos a la reja de hierro que formaba la puerta, a aspirar mejor ambiente que el que aspirábamos dentro de las bóvedas. Hallándonos un día en la expresada reja pudimos ver que por la plazuela de Chiriquí corrían, al parecer muy atemorizados, muchos gobiernistas los cuales quitaban de sus sombreros, con apresuramiento, las divisas azules y las tiraban; y, en fin, que se exhibían manifiestamente alarmados.

«Preguntamos a una persona que cerca de la reja pasaba qué ocurría a los gobiernistas (conservadores e independientes) pues que se les veía como a los que en los fracasos gritan 'sálvese quien pueda', y nos contestaron que todo ello era porque en Corozal habían sido derrotadas las fuerzas del Gobierno comandadas por el general Carlos Albán, y que nuestros copartidarios marchaban para esta ciudad a paso de vencedores».[29]

Entretanto, corría por la ciudad el alarmante rumor de que, por orden del general Belisario Losada, jefe de Estado Mayor, las Bóvedas de Chiriquí estaban minadas con pólvora y dinamita, con el fin de producir una gran explosión para que con ella volaran los 199 presos liberales, en el caso de que las fuerzas que de Corozal avanzaban triunfantes tomaran la ciudad.

Tan alarmante noticia hizo que algunas familias de los presos solicitaran la intervención de los cónsules con sede en la amenazada urbe para que procuraran salvarlos. Por esa razón, el 22 de julio el



Carlos Albán

cónsul inglés, señor Mallet, se presentó a la puerta de las Bóvedas solicitando hablar con Domingo Díaz y Ernesto Arosemena (*Fat*), a quienes les dijo:

«Traigo orden escrita del jefe civil y militar de Panamá para conducir a ustedes dos al Consulado General del Reino de Inglaterra para que allí permanezcan en su condición actual de presos políticos. El oficial que les hace guardia tiene orden de abrirles esa puerta y pueden ustedes dos salir conmigo».[30]

Don Domingo, hidalgamente le respondió: «Señor cónsul: tanto a usted como al general Albán agradezco el interés que se han tomado por mí, pero le manifiesto que solamente en el caso de que de aquí saliéramos todos los presos, saldría yo con ellos, pues si fuere cierto que corremos el peligro de ser volados, debo y quiero correr con todos mis compañeros la misma suerte, y no salvarme solo».[31]

Por no encontrarse bien de salud, Ernesto Arosemena sí aceptó la invitación del cónsul. Momentos después llegó a la puerta de las Bóvedas el mismísimo general Albán solicitando a don Domingo y al verlo le dijo:

«Señor Díaz: Acabo de saber la contestación que usted le dio al señor cónsul inglés, y me ha sido tan grata su determinación, muy propia de la abnegación de usted, que me ha impulsado a venir a decirle que, como usted lo desea, saldrá hoy mismo de esta mazmorra con todos estos señores, pues en este momento voy a dar orden para que se desocupe el piso alto de la Agencia Postal, ocupado por la oficina del Estado Mayor, para que allí sean ustedes trasladados. Si en el combate que por momentos comenzará triunfare el Gobierno, inmediatamente ordenaré la excarcelación de todos ustedes».[32]

Enseguida el general Albán se despidió, dejando a los presos sumamente satisfechos, a tal punto que —por aquello de «nobleza obliga»— gritaron con entusiasmo: «¡Viva el general Albán! ¡Viva don Domingo Díaz!». Dos horas después los 198 liberales marchaban en formación para su nuevo encierro.

En la mañana del martes 24 las fuerzas liberales comandadas por el general Herrera iniciaron el ataque a la ciudad. Desde el balcón de la improvisada cárcel, con el auxilio de anteojos de larga vista, los detenidos pudieron ver cómo sus correligionarios caían heridos o muertos por la playa de Trujillo cuando avanzaban a pecho descubierto. Observaron también que los disparos de un cañón montado por los insurrectos en Perry's Hill no causaban ningún daño a las robustas trincheras del Gobierno, principalmente a la construida con planchas de acero sobre el viaducto o puente de Calidonia.

Los que con ansiedad presenciaban el combate desde aquel balcón se retiraron en el momento en que les hicieron algunos disparos de rifle, los que hirieron a uno que se hallaba al lado del general Rafael Aizpuru. Cuando se les dijo que toda la fuerza liberal que se hallaba embarcada no atacaría por el cerro Ancón, porque las naves que tenían habían pasado para La Boca de la Caja a combatir por el Norte, por donde se batía el general Herrera, casi lloraron de coraje, pues comprendieron que peleando todo su ejército por el Norte era imposible que triunfaran... como así fatalmente sucedió.

El miércoles 25, varias personas que pasaron frente al sitio de reclusión, dijeron en voz alta, como para que los presos oyeran:

«Murió Joaquín Arosemena...».

«Murió Temístocles Díaz...».

«Murió Fabio Tejada...».

«Murieron...».

Estas desgraciadas noticias les fueron confirmadas por José María Chiari, así como la de que los combatientes habían acordado un armisticio para enterrar a los muertos.

El golpe recibido por don Domingo fue de intensa pesadumbre. Al señor Chiari se le permitió ingresar al edificio para darle el pésame al compungido padre, y con autorización del gobernador ambos partieron en busca del cadáver de Temístocles, quien al verlo exclamó:

«—¡Ah... si siquiera se hubiese triunfado!— Y como nada más